

En Salamanca, trimestre...	3.50 Pesetas
Fuera de ella, trimestre...	4.20
semestre...	8
año...	15

Se admiten anuncios, esquelas de defunción y recordatorios, a precios convencionales.

Número suelto: 5 céntimos

AÑO VIII.- NUM. 1.763

Viernes, 21 de Abril 1916

TELEFONO NUM. 17.

REX SUM EGO

Coronada la sacratísima cabeza de Cristo con punzantes espinas, vestidos los hombros con el viejo manto de púrpura, símbolo de la más alta dignidad, y puesto entre las manos fuertemente ligadas el cetro de caña quebradiza, presenta Pilatos a las turbas la adorable persona de Nuestro Salvador como rey de burlas e infeliz mentecato, más digno de lástima que del severo castigo reservado por las leyes a los usurpadores de la soberanía.

Pero no advertía el Gobernador de Jerusalem, investido de jurisdicción para conocer de las causas capitales que, presentando en aquella forma a Jesús de Nazaret proclamaba, siquiera fuese con el propósito de ridiculizarla y hacerla despreciable, la indiscutible realeza de Cristo, dando con ello ocasión para que aquella multitud enfurecida, confirmara con el *Crucifige blasfemo* y repetido que Jesús era Rey, pero que no querían someterse a su reinado.

Y cuando en la parte más elevada de la Santa Cruz en que expiró el Redentor, ordenó el mismo Presidente de la Judea que se colocara aquella inscripción trilingüe para que todos conociesen el nombre del ajusticiado, no se olvidó de proclamar otra vez la soberanía de Cristo, llamándole *Rey de los Judíos*.

Cierto que éstos no quisieron que sobre ellos reinara y por eso le dieron muerte en infame patíbulo, pero allí mismo quedó reconocida su soberanía perpetua como el Ungido del Señor y colocado en el solio levantado sobre todas las naciones.

¡Ay, pueblo infeliz y desgraciado, que así aborreces al enviado para salvarte! Prefieres tener quien te gobierne a semejanza de las demás naciones y acaso no estés bien advertido de lo que te espera.

Tu nuevo señor se servirá de tus hijos para laborar sus campos, para fabricar sus armas, para emplearlos en los otros menesteres que más le agraden; tus hijas serán puestas a sus órdenes; los más fuertes de tus criados y los mejores de tus animales domésticos trabajarán para él, tomará la décima parte de tus ganados y del fruto de tus sembrados y del vino de tu bodega, y del aceite de tus olivos también se reservará su porción.

Entonces, ¡oh pueblo! cuando estés reducido a la esclavitud, gritarás contra tus dominadores, pero el señor no te escuchará porque son ellos los mismos que tu has elegido, los que has querido darte como amos.

Que lo entiendan de una vez para siempre todos los pueblos: no se puede despojar a Cristo de su soberanía como rey, sin venir a dar en la tiranía de los dominadores constituidos por la muchedumbre.

N.

La crucifixión del Salvador.

Datos históricos

El suplicio de la cruz fué considerado indudablemente la pena más afrentosa e infamante que se podía imponer a los criminales; de ahí que, prescindiendo de su crueldad (*crudelissimum, teterrimum supplicium*), era más terrible aún por la ignominia extrema que encerraba, hasta tal punto, que no había condena más vil para un ciudadano romano que pronunciar contra él sentencia de muerte en cruz. Así increpaba a Verres el gran tribuno Cicerón, con estas hermosas palabras que son acabado modelo de gradación retórica: *facinus est vinciri civem romanum; scelus verberari, prope parricidium necari quid dicam in cruce tolli?*

En el derecho penal de la Judea no existía propiamente la muerte de cruz, al menos en la forma que la verificaban los demás pueblos, principalmente los romanos, pues aunque la Vulgata, traduciendo la interpretación que José dió al sueño del panadero de Faraón, dice así: *spots quos auferet Pharaon caput tuum ac suspendit te in cruce*; no se trata aquí de crucifixión propiamente dicha, sino más bien que después de ser decapitado, sería colgado de un palo y expuesto a ser devorado por las aves. Mas la verdadera crucifixión quedó admitida por el pueblo hebreo desde Alejandro Janeo, hijo de Hircan III, que hizo crucificar a 800 súbditos rebeldes.

Ateniéndonos al tiempo en que fué crucificado Nuestro Señor Jesucristo, expóndremos en estas líneas la forma y modo con que fué ejecutado, en lo que nos servirán de guía los Santos Evangelios, como fuentes segurísimas de indiscutible autoridad y algunos autores que a este propósito hemos consultado, entre ellos, A. Mayer, de quien copiamos algunos párrafos.

En cuanto a la forma de la cruz era muy variada, según épocas y países. Prescindiendo de la más antigua (que era sencillamente un madero recto al que se sujetaba al reo por medio de cuerdas que le ceñían por los brazos y piernas), J. Lipsio ha designado tres clases de cruz en aquel tiempo usuales: cruz de *cussata*, en forma de X; cruz *inmissa* que es la ordinaria que todos conocemos, y la cruz *commissa* o *patibulata*, imitando una T. Esta última era la que más se usaba y por eso hace sospechar, con sobrado fundamento, que sería la forma que se adoptó para crucificar a Jesucristo.

Las cruces eran generalmente bajas, y únicamente cuando se quería patentizar a los malhechores como grandes criminales, se preparaban cruces de considerable altura; por eso Aman, indignadísimo contra Mardoqueo, mandó preparar un leño de cincuenta pies de altura, y el emperador Galba - según narra Suetonio - hizo poner a ciertos sentenciados en cruces muy altas.

San Juan Crisóstomo insiste mucho en que para demostrar los juicios que Jesucristo merecía esta pena con hartos más títulos que los otros dos ladrones que crucificaron, no solamente le pusieron en medio, sino que le hicieron una cruz bastante mayor.

Siendo la nación hebrea una verdadera provincia romana, no podían sus jueces ejecutar sentencia alguna de muerte, y por eso al proponer Pilatos a los príncipes de la sinagoga: *accipite eum nos et secundum legem vestram judicate eum*, respondieron: *«nobis non licet interficere quemquam»*, si bien podía el Sanedrín pronunciar sentencia de muerte como lo hicieron con Jesucristo, cuando le preguntaron les dijera claramente y sin ambages si era el Mesías. Rarisima vez el procurador romano confirmaba esta sentencia sin antes someter al reo a un nuevo proceso, como lo hizo Pilatos con el Señor, de cuyas pruebas no sacó otra convicción sino que a Jesucristo le habían entregado por envidia y que era totalmente inocente de cuanto le acusaban.

Juzgando ya Poncio Pilatos como delegado del emperador, no podía aplicar la muerte de cruz sino con arreglo al propio Código, de ahí que los escribas y fariseos opinasen aducir como pruebas decisivas las siguientes,

mediante convenio estipendio, en su significado propio es *obligar sin retribución*, ya que *angaria*, de quien se deriva, indica obligación de dar al príncipe caballeros para las cargas y postas, y, por otra parte, semejante violencia se complace muy bien con el comportamiento de los soldados romanos en los países conquistados. Nada cierto sabemos si desde este momento se vió Jesucristo totalmente libre de la cruz, o si, como de ordinario aparece en nuestras pinturas, el Cirineo solamente ayudó a llevar la cruz.

Dos modos se usaban indistintamente para publicar el delito por el que los reos eran ajusticiados con esta clase de muerte: o que los mismos sentenciados llevasen pendiente del cuello una tablilla, donde se hacía la inscripción de la causa de su sentencia, o que inmediatamente delante de ellos la llevara un extraño. Esta tablilla recibía el nombre de *titulus*, que nunca se omitía el fijarlo encima de la cabeza del crucificado, sobre la misma cruz. Y mandó Pilatos que escribieran en griego, hebreo y latín: *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*, título que no emendó en manera alguna, a pesar de las enérgicas protestas de los judíos.

Antes de la ejecución se les despojaba de las vesti-

era un brevaje ácido, compuesto de vinagre, agua y huevos. Ambos fueron dados al Salvador, mas rehusó el primero.

Seis horas después de crucificado Jesucristo, exhaló el último suspiro, pues San Marcos asegura que era la hora de tertiá cuando le crucificaron y que a la hora de nona expiró. Así es que no hubo necesidad de aplicarle el *crurifragium* (fractura de piernas), que operaba una muerte pronta, al menos en los crucificados. Los soldados pudieron apreciar síntomas seguros de muerte cierta; mas, por exceso de precaución, un soldado le dió en el costado una lanzada.

Los romanos respetaban la costumbre de los judíos, de que no permanecieran en la cruz los cuerpos de los ajusticiados, y obtenido que hubo de Pilatos, José de Arimatea, permiso para dar sepultura al cuerpo de Cristo, se le bajó de la cruz y se le colocó en un *sepulcro nuevo, donde nadie aun había sido enterrado*.

Por respeto a Cristo, abolió este suplicio Constantino el Grande, el año xiii de su reinado, y desde que Jesucristo murió en la cruz, lo que era objeto de horror, es ahora objeto de veneración; empapada en su sangre, es la cruz símbolo de rescate, lábaro de amor, y a la cruz han dedicado los fervientes cristianos las más sublimes composiciones de su mente creadora.

O crux ave-spes unica.

F. G. T.

El precio de Jesús

Las treinta monedas de plata.

La cara se nos enrojece de vergüenza cuantas veces pasamos nuestra vista y fijamos la atención en las elocuentísimas escenas de la Pasión de Cristo. No es posible sustraerse a la indignidad, a la repulsión honda que provoca la figura antipática de Judas. De entre todas las personalidades que intervinieron en el inicuo y monstruoso proceso de Jesús, ninguna tan saliente por la infamia, ninguna tan odiosa por la perfidia, ninguna tan vil y miserable como la tristemente célebre del apóstol réprobo. Jesucristo le había hecho objeto de sus preferencias y de sus confianzas, encargándole de las primicias de la administración de los fondos de aquella su divina obra, de aquella su primera escuela apostólica que había de convertirse en escuela universal, en la Iglesia católica. Nunca le pidió cuentas de su gestión, no se le reconvenía alguna por parte del Divino Maestro contra el discípulo infiel. Esta confianza depositada en Judas, lejos de afianzarle más y más en el aprecio y estima de su Señor, lejos de mostrarse más reconocido a las prerrogativas, deferencias y altísimos dones del apostolado, le ofuscó, le cegó, le enaltecíó, fué el boquete abierto en su alma ruin para enorgullecerse y llenarse de presunciones y soberbia, y tras este dragón se entraron la avaricia, la ambición, luego... todo lo demás: la traición y venta del Maestro, para venir a parar en la horrible desesperación, abismo postrero de los que, no correspondiendo a los primeros beneficios, van descendiendo por la escala de la ingratitud, hasta hacerse réprobos por obcecación fatal.

¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré? Primera expresión que sale de Judas ante los miembros del Consejo del Sanedrín. Aquí se retrata el estado del infeliz tesoro del colegio apostólico. Tres enormes pecados en una expresión tan concisa. Una soberbia inaudita, que vende a su Maestro como un señor que pusiera en venta a su esclavo. Una avaricia sin límites, que, por medios tan bajos y arteros, quiere enriquecerse. Una ingratitud y traición, que se han personificado en el repugnante tipo, a través de todas las generaciones y siglos.

Se cerró el trato, conviniendo las partes en dar treinta monedas de plata a cambio o como precio de entregar en las manos de los chalanos del Sanedrín la divina persona de Jesús.

La ceguera de Judas había llegado a términos inconcebibles: de otra manera, sería inexplicable que, siendo tanta la fama de Jesús por toda la Judea y Palestina, siendo el mismo Judas testigo de estupendas maravillas y milagros y habiendo, por la parte de Anás y Caifás y demás miembros del Sanedrín, grandísimos deseos de prender a Jesús, determinaciones a todo coste, de darle muerte, no se explica, repetimos, que el trato se cerrara a tan bajo precio y que no se aprovechara el miserable Judas de sacar todo el partido posible de su ambición insaciable y de las ganas de venganza y odio que embargaban el ánimo de aquellos infames sacerdotes.

Aquella su conformidad con treinta monedas de plata, demuestra la miseria de su condición, el estado vil a que había llegado su ruindad. ¡Treinta monedas de plata! Treinta siclos, que era la unidad monetaria argentina entre el pueblo hebreo. Correspondiendo dos siclos hebreos a siete octavos de nuestra onza de plata, resultará que los treinta siclos son, en nuestra moneda actual, trece onzas y un octavo de plata, y reduciéndolo a reales, nos dan la suma de *doscientos treinta y seis reales con diez y seis octavos*. He aquí lo que le valió a Judas la venta infame de su divino Maestro: *¡veinticuatro y nueve pesetas!* Menos que una pobre bestia, vendida en uno de nuestros mercados. ¡Pobre apóstol! ¡Miserable Judas! ¡Imbécil y desgraciado discípulo! Tu conducta ha merecido la execración de todos los pueblos, tu pecado ha transudado, desgraciadamente.

Hoy también se vende al Divino Maestro por miserable precio, hoy también se trafica con la sangre del Redentor del mundo.

El interés, la ambición, la soberbia, el placer se anteponen de hecho, como las treinta monedas, al deber, a la conciencia, a Dios. Los modernos Judas venden a



ECCE HOMO

que por otra parte envolvían una descarada calumnia: *«hunc invenimus subvertentem gentem nostram et prohibentem tributa dari Caesari et dicentem se Christum regem esse»*, ya que los acusados de bandolerismo y sedición eran castigados con la crucifixión.

Accediendo a las voces del pueblo que pedía a voz en grito (*voebus magnis*), tanto más explicable cuanto más injusta, y era la injusticia mayor que se puede imaginar, y después de declarar repetidas veces que la víctima era en extremo inocente, pronunció la clásica frase en semejantes casos: *«ibis ad crucem.»*

La ejecución comenzaba con una flagelación en el pretorio, mas la que padeció Jesucristo y de la que nos habla San Juan, cap. XIX., v. 1.º, fué anterior a la sentencia, y que mandó Pilatos para calmar a los judíos y disuadirles de la petición de un castigo tan grave como era la cruz.

Todos los condenados a esta muerte eran obligados a llevar ellos mismos la cruz hasta el lugar del suplicio, que se verificaba siempre fuera de la ciudad. Tan falta de fuerzas debió de encontrar aquella gente a Jesucristo, que *exigieron* a Simón de Cyrene que llevara la cruz. *Hunc angariaverunt*, dice San Mateo, y aunque alguna vez esta palabra significa alquilar a un hombre,

duras, que eran gajes de los soldados; pero, indudablemente, se le dejó, por decencia, el *subligaculum lumborum*, y el dejarles todas las vestiduras era caso muy raro. La crucifixión se llevaba a cabo, estando ya la cruz levantada, a la que se fijaba, por medio de cuerdas, el cuerpo del reo, para que de ese modo pudieran clavar los pies y brazos, sin que les estorbara la posición y resistencia que hiciera el ajusticiado. Nuestros artistas, para representar a Jesucristo Crucificado, han prescindido del *sedile*, que era un travesaño que se fijaba en la mitad de la cruz, en su parte vertical, y que evitaba que el peso del cuerpo desgarrase las manos y las arrancase de los clavos.

Está fuera de toda duda que Nuestro Señor Jesucristo fué traspasado con clavo, pues aunque los evangelistas no lo dicen expresamente, se infiere con bastante claridad de algunos lugares de la Sagrada Escritura, principalmente de aquellas palabras del inerrable apóstol: *«Nisi videro fixuram clavorum»*. Los clavos fueron cuatro y no tres, como de ordinario aparece en los crucifijos.

A los ajusticiados solían ofrecerles los judíos, para mitigar los padecimientos, vino mezclado con mirra, y los romanos lo que llamaban *pasca*, que, según Plinio,

su Dios por un puntillo de honor; aún subsiste la ceguera monstruosa del hombre cotizando el precio de Dios en ínfimos valores, cuando todo un Dios no repara en derramar hasta la última gota de su sangre para comprar nuestra alma, para redimir al mundo.

ABEL PEREGRIN.

REY DE PAZ

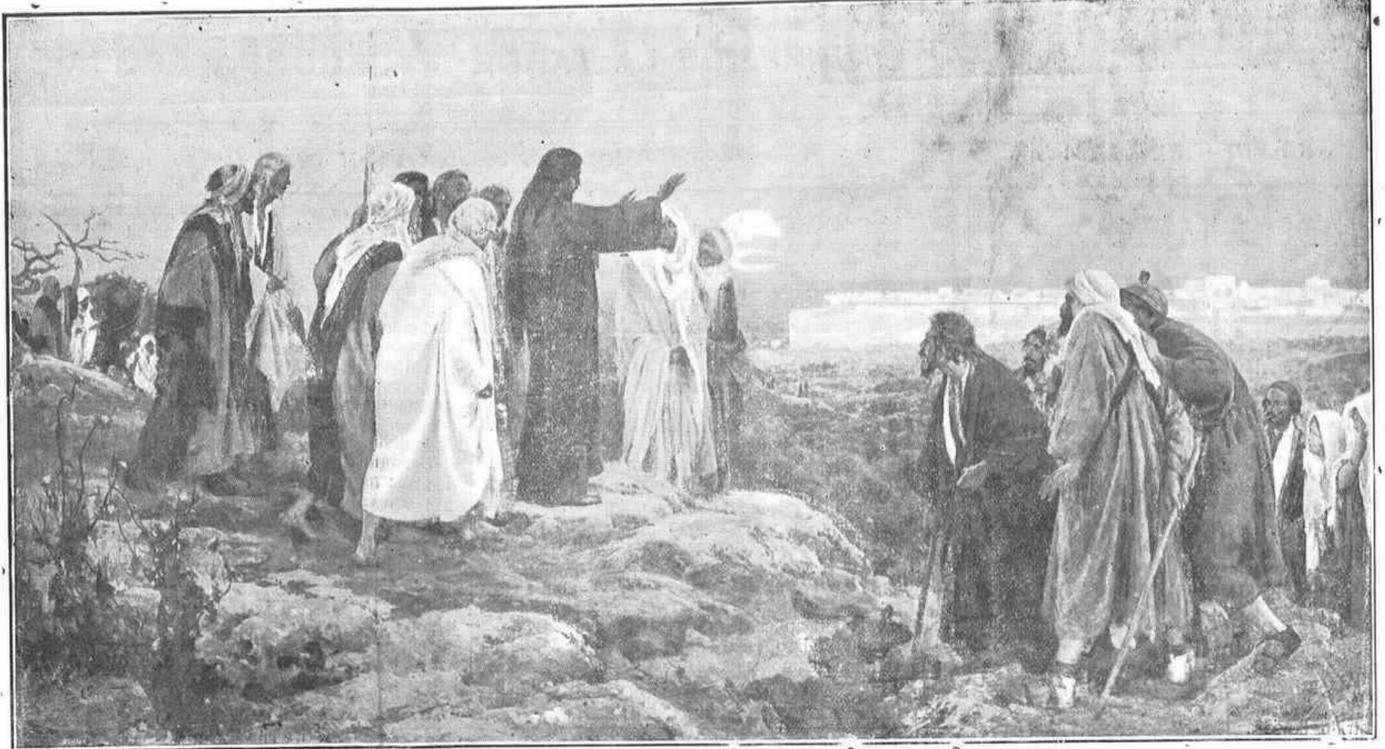
El garrido garzón de ojos grandes
muy negros, muy negros,
muy blanquita la piel de su cara
y muy rubio, muy rubio el cabello;
el de rojas y castas mejillas
que le roban carmín a los cielos;
el de luenga barba,
el rey Nazareno
de entrañas maternas,
de amores eternos;
que nació en los pensiles del Asia
en la noche de santos silencios,
en que hablaban de amor las estrellas,
en que hablaban de amor los luceros,
soñaron amores
los rudos labriegos
y en balidos de amor los rebaños
amores dijeron,
y en delirios de amor la natura
remembraba amorosos requiebros.
El que dió eterna paz a los siglos
al eterno rodar de los tiempos,
los siglos del arte,
los siglos del genio,
los siglos de lucha,
los siglos espléndidos
de fe, de conquistas
y de glorias y triunfos sin cuento.
Que a sus pechos crió eternas razas
de robustos magnánimos pueblos,
de las bravas selvas,
de montes roqueños,
de los mares hondos,
de los valles de ricos veneros.
Que creó en los divinos hogares
del solar del Señor de los cielos
la casta divina
de los hombres buenos,
de los hombres de santos martirios,
de los hombres de santos recuerdos.
Que al nacer de la virgen hebrea,
la de bíblicos, puros ensueños,
la de puros divinos amores,
la de duros, atroces tormentos,
se hizo hermano mayor de los hombres,
se hizo hermano nuestro.
Una Virgen le dió nuestra sangre,
sus amores su alcurnia nos dieron.
El Dios peregrino,
el Dios misionero,
el de largas, eternas jornadas,
el de rudos, eternos senderos,
de recias fatigas,
de trabajos recios,
de santa pobreza,
de santos desvelos,
de divinas, ardientes palabras,
de divinos y santos ejemplos.
Que vivió en la oriental Palestina
su solar paterno,
la heredad de sus santos profetas,
la heredad de sus santos abuelos,
regia cuna del pueblo cristiano,
de la Iglesia santísimo feudo,
de las razas todas

sagrado abolengo.
la tierra bendita,
el bendito reino,
el jardín del mundo,
el frondoso, riquísimo suelo
de rizadas esbeltas palmeras,
de gigantes y místicos cedros
que arrullaron al son de sus hojas
de Jesús los poéticos sueños.
Sueños de delicias,
sueños de tormentos,
sueños de esperanzas,
sueños de misterios,
sueños de martirios,
sueños de dulzuras,
sueños de trofeos,
sueños de portentos,
sueños de la gloria,
sueños del infierno,
sueños de una iglesia,
sueños de un gran pueblo,
sueños de una muerte,
sueños, santos sueños.
El mártir divino
que al rugido de un pueblo blasfemo,
con las fauces sangrientas de hienas,
con las garras sangrientas de cuervos,
hombres sin entrañas,
hombres carniceros,
se cebaron en El cual se ceban
los gusanos en un cuerpo muerto.
Y allá, en la colina

de nombre siniestro,
lo vieron los mundos
colgado de un leño.
Desgarradas, abiertas las carnes,
triturados, deshechos los huesos;
con los ojos, de suaves miradas,
alumbrando la tierra y el cielo;
con los labios de eternas sonrisas
entre besos de amor, sonriendo,
con los brazos tendidos al aire,
abrazando en abrazos estrechos
a los hombres bárbaros,
a los hombres pérfidos,
que vertieron la sangre del Justo
y la sangre del Justo bebieron.
El Señor que entre cielos y tierra,
retumbando en sus hondos cimientos
el orbe espantado
del crimen sangriento,
los cielos sin lumbré
vomitando los rayos y truenos,
las tumbas abiertas
animando montón de esqueletos;
a la faz del mundo,
en la hora más grande del tiempo,
en el tiempo más santo del orbe,
en la muerte más santa del Verbo,
el gran rey pacífico
al lanzar el suspiro postrero,
con sangre caliente
de su santo pecho,
en la cruz bendita

escribió de la paz el decreto.
La paz de los siglos,
la paz de los tiempos,
la paz de las almas,
la paz de los cuerpos.
¡Ay, Dios mío, y los pueblos se odian,
se aniquilan y matan los pueblos!
Y al crujido de bárbaras máquinas
las naciones se cubren de muertos;
y la tierra se queda sin mieses,
y los mares se quedan sin remos,
y las ciencias se quedan sin sabios,
y las artes se quedan sin genios,
y se quedan sin pan los hogares,
y se quedan los pueblos sin templos.
No hay padres, ni hermanos,
ni hogares maternos,
ni amor, ni familia,
ni patria, ni cielo.
Y entre el ruido de bárbaras luchas
y al chocar de los odios protervos,
en medio las llamas
de voraces, satánicos fuegos,
entre el recio morder de las iras,
que hacen trizas coronas y cetros,
entre el seco crujir de las muertes
que aniquilan espléndidos reinos,
y al rodar de los cuerpos que nutren
de cadáveres campos inmensos,
en medio del caos,
en medio del vértigo
de sangre y locura
de que el mundo insensato está ebrio,
el mártir divino,
el pacífico rey galileo,
en lo alto del monte
congrega los pueblos
de selváticos fieros rencores,
de diabólicos odios siniestros,
y al calor de su santo martirio
les enseña divinos preceptos;
y los unge en la paz de los justos
con el óleo de amor de su pecho.
Y el cielo se nubla
con un casto velo,
y el rey justo exhala
el suspiro extremo,
y muere el Dios Hombre
bendiciendo en la paz a los buenos.

ANSELMO Q. TAVERA.



El sermón de la Montaña.



LA ORACIÓN DEL HUERTO

La Historia de la Pasión por el P. Luis de la Palma.

Decir de una obra literaria que fué escrita en nuestro siglo de oro, cuando todo el que cogía la pluma sabía hacerlo con gracia inimitable y singular pureza, es ya gran elogio. Y si se añade que su autor era sabio formado en las mejores escuelas, varón de virtud, admirada en las más florecientes religiones, de corazón y sentimientos tan nobles como a un noble hidalgo de Castilla correspondía, sube de punto la ponderación y nos lleva con fuerza irresistible a recorrer las páginas de ese libro y entregarnos de lleno al deleite de su lectura y a las múltiples emociones, estéticas unas y psicológicas otras, que cada período hace hacer brotar en nuestro pecho.

Pues pocas obras hay en nuestra época clásica que venzan en profundidad, elegancia, nobleza y devoción, a la *Historia de la Sagrada Pasión, sacada de los cuatro evangelios, por el padre Luis de la Palma, Provincial de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo, y natural de la misma ciudad.*

Con ser grandísima la popularidad alcanzada por ese libro áureo y frecuentísimas sus ediciones en todas las épocas desde que se escribió, yo no sé por qué no ha de citarse entre los literatos con más frecuencia y proponerse siempre como supremo ejemplar de estilo terso y elegante, que nada desmerece al lado de *Los nombres de Cristo, Las Moradas* o *La Gula de pecadores.*

Jamás se ha escrito en castellano la *Historia de la Sagrada Pasión* con más interés, devoción más seductora, sentimiento más íntimo y sereno, dolor más profundo y sosegado, unción más penetrante y comunicativa.

Vence, sin género de duda, a lo que sobre la misma

materia se escribió en el *Memorial de la vida cristiana* y la *Oración y meditación*, por lo interesante de la narración, el sentido de la realidad y la claridad de la explicación de todos los adjuntos, personas y palabras. Y con ser el maestro fray Luis de Granada tan poderoso en el excitar los efectos y tan copioso en las amplificaciones, atrae en este caso más la calma por la precisión y fuerza, oportuna admirable y sobriedad tan ajustada, que ni una cláusula se podría quitar o añadir sin notable detrimento de su maravilloso equilibrio.

Es su estilo muy cuidadoso y esmerado, por donde recuerda a Fray Luis de León, y sin ser tan numeroso y rotundamente sonoro, ni alcanzar la grandiosidad de *Los nombres de Cristo*, es más espontáneo y natural y suple la brillantez del período legionense con la majestad de las escenas que con toda su escueta sublimidad describe.

Más se acerca a Santa Teresa por la íntima comunicación que entre el lector y el libro se establece y por el estilo familiar muchas veces, aunque siempre se mantiene elevado, correctísimo, sin tacha y elegante.

Verdad es que en la parte exegética y descriptiva de los lugares, un escritor moderno pudiera quizá exigirle alguna mayor riqueza y rigor crítico; mas con todo, es casi siempre su juicio acertado, la descripción exacta y da todo lo que es menester para lograr su fin supremo, que nosotro, según el mismo autor, que ayudar a meditar los misterios de la sagrada pasión y muerte del Redentor.

Y en esto es insuperable. Ya desde las primeras líneas nos envuelve en un ambiente sereno y melancólico, piadosísimo, triste, con una tristeza tan reconcentrada y eficaz, que difícilmente se pueden contener las lágrimas.

Sus explicaciones son tan acertadas y profundizan tanto en el sentimiento real de los interlocutores, y deducen con tal verdad y natural consecuencia las conclusiones, la intención y el sentido de cada razonamiento, que hay que recurrir a las exegesis de San Juan Crisóstomo para encontrarlas tan populares, sin baja y tan profundas, sin oscuridad.

Sus sentimientos son, como hoy diríamos, de cristiano viejo, y manifiestan una piedad arraigada, afectos sin melindres, energía caballeresca, resignación sin afectada indiferencia o sequedad estoica.

Jamás un lánguido atardecer otoñal, con sus matices apagados, su sol cayendo al ocaso, el recogimiento de la naturaleza y la soledad que, al parecer, deja en nuestro corazón, logra empaparnos tanto el ánimo de dulce melancolía ni nos lleva con tanta fuerza a la meditación, ni dispone tanto el alma a recibir celestes emociones.

Y aún lo hace más simpático para el lector español, ese tinte noble y patriota con que lo mira todo el padre La Palma, a través de aquel espíritu caballeresco de nuestros magnates.

Así, hasta los nombres que da a las personas y oficios, los traduce a la significación que tendrían de suceder en la corte de Felipe II. Por eso llama a Pilatos el *adebando*, como los que nuestros reyes enviaban a la frontera, y nos habla de los *caballeros* que andaban con Herodes y los *alguaciles* y *corchetes* que prendieron al Señor en el Huerto de las Olivas.

Pues ¿qué decir de los discursos y razonamientos que pone en boca de Pilatos, de los escribas y fariseos y de todos los que en sus páginas describe? No se crea que son arengas a la manera de las que hicieron los historiadores clásicos, tan artísticas como faltas de fundamento histórico, como no sea el de la probabilidad de haber sido pronunciada alguna semejante, sino que puestas primero las palabras certísimas que escriben los evangelistas, añade él su clásico, como si dijese, u otra fórmula parecida y desentraña el sentido de sus palabras y las amplifica con sus adjuntos, consecuencias e intenciones.

Siempre se lee con el mismo interés, con mayor deleite, con crecida devoción y fruto copiosísimo. Nunca me creo yo tan en Semana Santa como cuando estoy leyendo la piadosísima Historia, que ni en piedad ni en arte cede mucho a los mejores libros que se han escrito en castellano.

NOGARA.

EL CRISTO DE LA LUZ

de Gregorio Fernández.

MUSEO DE VALLADOLID

Ante el dolor y la angustia con que estás crucificado, ve la exacta expresión de sufrimientos humanos.

Cual Francisco, por tu llagas quiso verse lacerado, quisiera humilde ofrendarte mis tormentos, por regalo.

Que si el velo del misterio por tu pasión fue rasgado, eres el vivo venero que alimenta a los cristianos.

Ante tu pasión, los cielos en Oriente, se nublaron,

y estremeció de dolor en su asiento a los peñascos.

Gotas de sangre sudaste ante cáliz tan amargo; no extrañas que en mi tormento pida alguna vez descanso.

Mejor que del poderoso, que en tu ley rige vasallos, es del que deberes cumple y obedece tus mandatos.

Mejor llega a ti quien sigue por tu divino calvario, que el que a penetrar se acerca los secretos de los sabios.

No el que en palabras parece ser tu discípulo amado, sino el que en obras, practica tu vida y ejemplo santos.

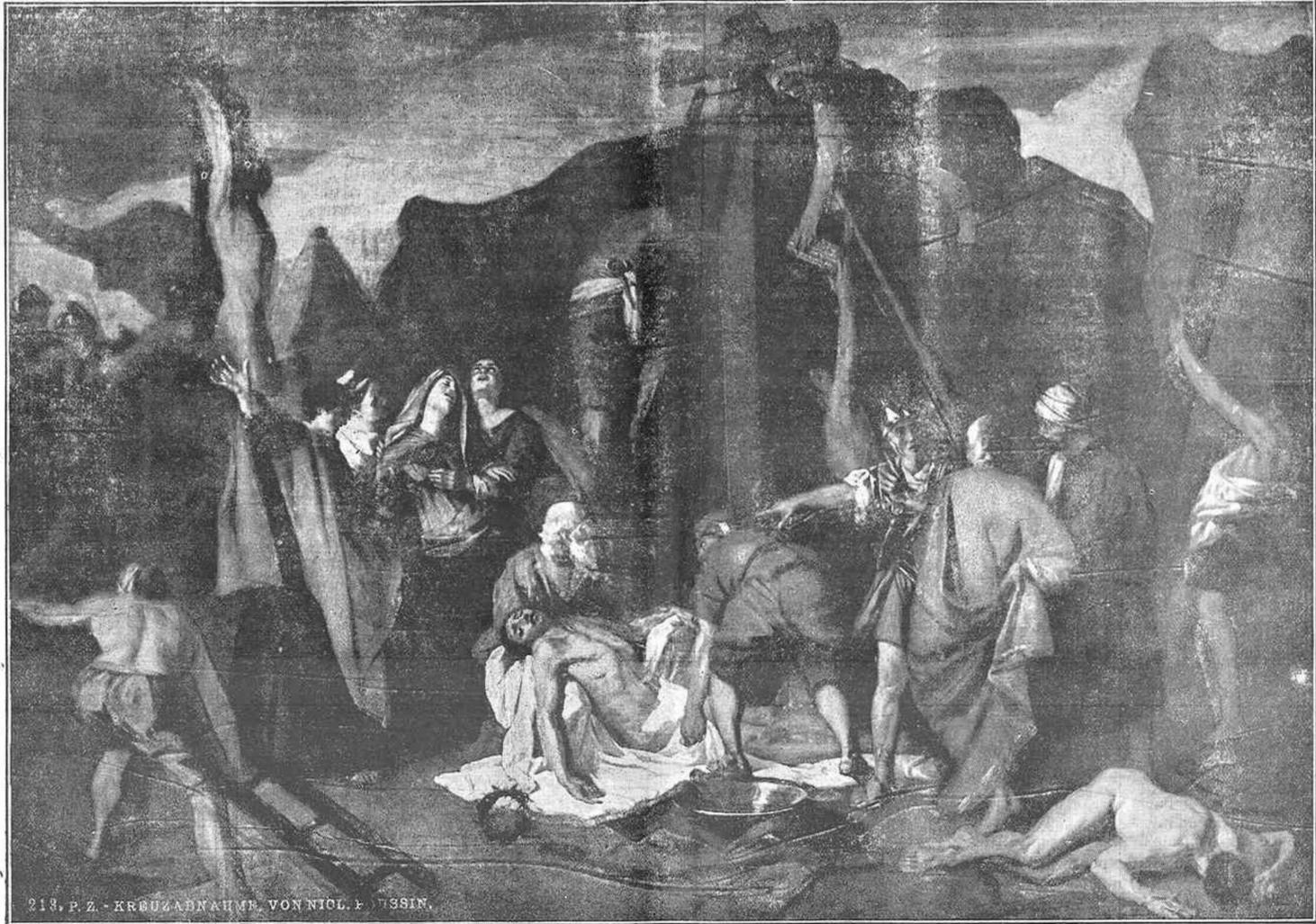
Más amor también demuestra el que sufre resignado, que el que entre las muchedumbres le celebran sus hermanos.

Digno es del mayor desprecio el que se vale de engaños, y con tu nombre comercia sólo a la tierra mirando.

Padres Calvaristas, y delante de ellas el Gremio de Sastres, guiado por sus mayordomos o Comisarios, alumbrando al Paso. Luego seguirá el de la Columna o de los Azotes, precediendo el Gremio de Obra Prima, alumbrándole en los mismos términos que el anterior y acompañando a las andas, en igual número, Religiosos Capuchinos. En seguida saldrá el Paso de la Caña, ó Ecce homo, alumbrándole por ahora la Cofradía de la Cruz, de esta Ciudad, y acompañando el Paso como queda dicho para los anteriores, los Religiosos Carmelitas Descalzos. Y detrás de ellos caminará la ilustre Congregación de Nazarenos, sita en la Iglesia del Colegio de San Carlos de Clérigos Menores, alumbrando a su Paso, vestidos de túnicas moradas algunos y con la Cruz á cuestras, y otros en otra forma. Después seguirá la Efigie de Jesucristo Crucificado, titulado de la Fé, que lo sacarán los dos Seminaristas que ocupan las dos Becas del antiguo Colegio de la Doctrina, reunido al Seminario Conciliar de esta Ciudad, alumbrando doce más Colegiales del mismo Seminario, y acompañando á las andas, según queda dicho, algunos Religiosos del Convento de San Agustín, de esta Ciudad. Irán en seguida el Estandarte de la Verónica y las doce Vánderas en dos filas, á cargo de los Cofrades de la Cruz, y en medio de ellas los Novicios de la Comunidad de San Francisco, con las insignias de la Sagrada Pasión. Y detrás de ellos, dos Religiosos de la misma Comunidad con capas y cetros, y otros dos con incensarios, precediendo á dos de los Caballeros Regidores que diputa la Ciudad, delante del Santo Sepulcro, que llevarán en hombros quatro Religiosos de S. Francisco, vestidos con Alvas y Estolas, alumbrando á este Paso los Clérigos de las Congregaciones de Nuestra Señora de la

de ellas, como con grave escándalo del pueblo se ha solido ejecutar antes de ahora; dexando facultad y licencia á cada uno y todos de los referidos Cuerpos, Gremios, Cofradías, Congregaciones y Personas que por cualquiera razón asistan ó digan relación en virtud de esta providencia con la actual única procesión, entablar al tenor de lo aquí referido, las competentes concordias, y esperando S. S. I. del celo y piedad de las Comunidades Eclesiásticas y Regulares, y demás Cuerpos que voluntariamente se han ofrecido a ejecutar por su parte este arreglo, que continuarán haciéndolo en adelante, considerándolo como una sagrada obligación en que quedan comprometidos por la insinuación del Prelado, por el concepto del Pueblo y su misma religión y estimación, encargando estrechamente al mismo tiempo a todos los habitantes de la Ciudad, que por ningún pretexto se asomen a los balcones y ventanas de las Casas por lo mucho que desde el retiro y abstracción de este día en que todos, ya que no vayan acompañando los Pasos de la Sacratísima Pasión de nuestro Redentor, como es de desear y su Señoría Ilustrísima espera de la devoción y piedad de ellos, deben de retirarse a la contemplación de los altos misterios que recuerda tan sagrado tiempo, procurando dar todos en el trage y compostura exterior, una prueba nada equívoca de la mortificación de los sentidos al tiempo mismo que Jesucristo está sufriendo la muerte de su cuerpo por la redención del linaje humano; á cuyo efecto prevenía su Señoría Ilustrísima que todos los que vayan acompañando a la Procesión, excepto los Militares y los que tuvieren trage propio, asistan con ropas negras decentes, cada uno según su estado y condición; señalando por carrera de ella desde la Hermita de la Cruz, por delante

de la Iglesia de San Francisco, a las Agustinas Recoletas, subiendo por el Seminario Conciliar a la calle de Libreros, por Escuelas mayores a la Catedral, de allí, por la Plazuela de San Isidro, calle de la Rua, a la Plazuela de los Limones, por el Arco de Barbaroxa a la Plaza Mayor, calle del Prior, y por las Agustinas Recoletas a la Cruz. Y para que todo lo referido tenga debido efecto, mandó S. S. I. que se avise de esta determinación al Venerable Dean y Cabildo de su Santa Iglesia Catedral y a la Real Universidad de esta Ciudad, y que se publiquen edictos con inclusión de este Auto, para que en el primero día festivo al tiempo del Ofertorio de la Misa Conventual, los Párrocos lo hagan presente al Pueblo, y se repartan ejemplares a todos los Cuerpos y Personas comprendidos en este arreglo, y por las Veredas acostumbradas de esta Diócesis para que en cuanto fuere posible se arreglen a esta determinación las demás Iglesias del Obispado, que por este Auto que su Señoría Ilustrísima proveyó, así se conformó, lo arregló, marcó y firmó, de que certifico.



218, P. Z. - KRUGADNAHME VON NIOL. F. BISSIN.

EL DESCENDIMIENTO

Que es tu reino tan celeste que tan solo el vuelo alzando, se puede llevar tu vida y ofrecerla en holocausto.

¡Cordero de Galilea, en tus promesas aguardo! Sólo junto a ti mi pecho encontrará su descanso.

Santo Cristo de la luz, manda a la tierra tus rayos y aparecerá de nuevo el espíritu cristiano.

MARIANO DE SANTIAGO CIVIDANES.

Del tiempo viejo

La procesión del Santo Entierro

«En la ciudad de Salamanca, a veinte y siete días del mes de Marzo de mil ochocientos y seis años: El Ilustrísimo Señor Don Antonio Tavira y Almazán, Obispo de ella, del Consejo de S. M., etc., en uso de sus facultades ordinarias, debía de arreglar y arregló la única Procesión que habrá de celebrarse en esta Ciudad, en la tarde del Viernes de la Semana Santa, en los términos siguientes: La ilustre Cofradía titulada de la Cruz, sita en la Hermita del mismo nombre, en el Campo llamado de San Francisco, de esta Ciudad, queda con su Real Privilegio de sacar y ordenar la Procesión, presidiéndola y guiándola por medio de sus Maestros de Ceremonias y Mayordomos, y en esta suposición se dará principio a ella con la Trompeta ó Clarín con Sordina en los mismos términos que salía antes. En seguida irá el pendón negro de la Cruz, acompañado de dos individuos de la Cofradía, con sus varas o cruces negras. Después el guión y ciriales de la Comunidad de San Francisco, de esta Ciudad. Detrás de ellos, el paso de la Oración del Huerto, llevado en hombros por los Mozos que, así para este Paso como para todos los demás, tendrá dispuestos la Cofradía de la Cruz, acompañando a las andas quatro ó seis Religiosos del Convento de

Paz, San Pedro y S. Pablo. Detrás del Santo Sepulcro, irá la Audiencia Eclesiástica, delante de la Efigie de Nuestra Señora de los Dolores, precedida de los otros dos Caballeros Regidores Diputados por la Ciudad, alumbrando á dicha efigie los Cofrades de la Cruz y acompañando sus andas algunos Religiosos del Convento de San Esteban, y en seguida la Comunidad de San Francisco, con su Preste y Vestuarios, cerrando la Procesión el Señor Gobernador Militar y Político de esta Ciudad, con su Audiencia, finalizándose todo con alguna Tropa, si la hubiere, en la forma y método prescripto por las Ordenanzas Militares; debiendo acompañar quatro ó seis Soldados al Santo Sepulcro. Detrás de cada uno de los Pasos referidos ó delante de ellos, en los que hubiere esta costumbre, irán algunos Religiosos Cantores, que alternativamente canten el Miserere y demás Salmos Penitenciales, no permitiéndose otros instrumentos que los Baxos.

Y dexaba y dexó S. S. I. en toda su fuerza y vigor cualesquiera concordias que cada una de mencionadas Cofradías, Gremios, Congregaciones, Cuerpos y Personas que quedan referidas, tengan en orden a Procesiones de Semana Santa con la Cofradía de la Cruz, cualesquiera otras o entre sí mismas, por lo respectivo a la única que queda en los términos referidos, y resumiendo en ella en debida forma todas las indulgencias concesiones, y gracias espirituales que los mencionados Cuerpos y Personas y cualesquiera otras pudiesen ganar y ganasen por razón de asistir a las Procesiones en la antigua forma que se celebran, y dexando en los mismos términos que hasta aquí la Procesión de la Dominica de Resurrección, prohibiendo expresamente, así en esta como en la del Viernes Santo, el que vayan mozos u otras gentes á recoger la cera que cae de las hachas, por lo indecoroso que es en un acto de tanta edificación y piedad: a cuyo efecto se pasará el correspondiente Oficio al Magistrado de esta Ciudad, para que por su parte lo prohiba también bajo las penas que tuviere por convenientes, vedando al mismo tiempo el que por ningún pretexto antes ni después de la Procesión se tengan en casa de los Mayordomos ó Comisarios de las respectivas Cofradías, refrescos, convites ni agasajos, como tan impropios de la mortificación y ayuno del Sagrado tiempo de Quaresma, como el que por ninguna relación de Mayordomos, Congregantes, Comisarios ó Diputados, se paren los pasos delante de las Casas y se inclinen, ladeen ó vuelvan á las puertas ó ventanas

Fueron, en primer término, meras presunciones las que despertaron en el alma de Pilato la idea de que Jesús era inocente. Fué, más tarde, la convicción plena quien puso en su boca aquellas palabras: «inocente soy yo de la sangre de este Justo». Y sin embargo, cedió a las exigencias de la turba soez e inhumana, firmando la sentencia de muerte más injusta e inverosímil; ¡pues se pretendía privar de la vida a quien era Autor de ella!..

Pilato murió, pero no han faltado en todos los tiempos posteriores hombres de su calaña dispuestos a proseguir sus villanías. Hoy, quizá en mayor abundancia que nunca, se encuentran ejemplares semejantes, dispuestos a cometer toda suerte de iniquidades y desvergüenzas, con tal de captarse las simpatías de los que vocean clamorosamente contra el orden, contra lo justo, contra todo lo bueno.

...¿Qué Poncio de nuestros tiempos no experimenta náuseas desconcertantes, al oír por calles y plazas esas palabras groseras y sucias que se llaman blasfemias, y sin embargo se toleran pacientemente, porque la chusma no se exaspere?

¿No se atenta a diario contra la moral, permitiendo en cines y teatros cuadros indecorosos, de una avilantez que pone espanto en el espíritu más mundano, sin que por eso haya una férrea mano que aplaste y destruya tanta miseria?

Si, ciertamente; asqueados están los Poncios del día, pero no se atreven a ponerse de frente contra los judíos modernos que piden la muerte de Cristo cuando ponen en sus labios la sucia blasfemia, al ostentar la envanida y demoleadora pornografía, al exteriorizar sus enconos contra los humildes—pobres ovejas del rebaño del Redentor—o declarar poseídos del espíritu infernal guerra de exterminio, sin tregua ni cuartel, a la nave de la Iglesia, quien como madre amantísima sólo tiene palabras de perdón para los malos hijos, y sigue serena y triunfante por el proceloso mar, con rumbo siempre al puerto delicioso de la gloria celestial.

Los Pilatos de hoy reconocen también la inocencia de Cristo, pero temen; están poseídos de la cobardía más denigrante y procuran toda suerte de paliativos, de marrullerías y golosinas para entretener a la virtud. Y mientras tanto, los enemigos chillan y gritan, amenazan y descargan sus iras contra el reinado del Salvador.

Y tal conducta es ambigua y perniciosa. ¡O con Cristo, o contra Cristo!

ZARDEP.

